

LA CONCEPTOCRACIA. UNA CONVERSACION CON EL FILOSOFO GASTON GOMEZ LASA.

Edison Otero: En el curso de esta conversación han ido surgiendo algunas expresiones que sería provechoso recoger a modo de primera cosecha: 'el espíritu conclusivo', 'el espejismo de la conceptualización', la 'autosuficiencia de la conceptualización', la 'conceptocracia'. Por otra parte, usted ha afirmado que el problema no es la Verdad sino la Realidad. Parece ser que, todo el tiempo, los conceptos nos impiden una relación más liviana y transparente con la realidad.

Gómez Lasa: Hemos creído que el concepto es la mejor fórmula, o el mejor recurso, para estar en la realidad, o cerca de ella, o para entenderla, o manejarla si fuera posible. A eso alude la expresión 'conceptocracia'. Es una expresión caleidoscópica. Por una parte, suena como una descalificación total contra el poder del concepto. Por otro lado, tampoco podemos vivir sin conceptos.

Edison Otero: Desconocer el concepto sería, probablemente, de alguna manera, renunciar a la filosofía. Parece, por cierto, una conclusión muy abusiva. Mirado desde fuera, alguien podría percibir a la filosofía como la actividad de personas que tratan de comprender la realidad, en una opción específica: mediante conceptos. No habría modo de pensar sino con palabras. Más tarde o más temprano, las palabras devienen en conceptos. Parece un problema de grados. Cuando conceptualizamos en demasía, quedarnos atrapados en el juego de los propios conceptos, no entendiéndonos ya con aquello a lo que los conceptos aluden. En tal condición, perdemos de vista aquello para lo que estas ideas nos servían. La 'conceptocracia' ¿alude, pues, a un vicio, a una pérdida del sentido de la reflexión?

Gómez Lasa: Es difícil aventurarse en una sola afirmación, en algo unidimensional. Primero tenemos que ambientarnos, dada la magnitud del problema que nos estamos planteando, sus implicancias. Si no hay conceptos. ¿cómo pensamos? La argamasa de nuestro pensamiento son los conceptos. Si lo pensamos bien, todo Platón, su dimensión doctrinaria, es el más grande homenaje que se ha rendido a esta capacidad de conceptualización. Platón llegó fácilmente a suponer que nuestros conceptos podían ser tan redondos, prístinos y contundentes que sólo les faltaba que fueran reales. El rebotó en esta supuesta realidad de los

conceptos. No se puede pensar sino porque hay ciertos conceptos que tienen una existencia propia, autónoma Y todo lo que hacemos nosotros es acercamos a ellos y trabajar con ellos. ¿Qué estaba haciendo Platón en todo ello? Estaba asignándole a los conceptos una condición supuesta, absolutamente supuesta. Este es el argumento: la mejor manera de estar seguros de que estamos pensando bien es que estamos con conceptos que tienen existencia propia. Así, el problema de la verdad ni siquiera se presentaba como algo inmediato. Lo central es, entonces, que uno logre estar frente o cerca de estos conceptos, de alguna manera

Edison Otero: No tenemos cómo reprimir el comentario siguiente. Usted ha dedicado una vida entera al estudio de Platón, traduciéndolo, comentándolo, dictando cursos y seminarios sobre sus ideas. Y he aquí que su formulación de la 'conceptocracia' aparece dirigida, en primer lugar, al propio Platón. No deja de sorprendernos que usted mismo se permita este ejercicio. Por otra parte, según parece, la cuestión no es tanto el problema del concepto sino el de atribuirle a los conceptos un tipo de existencia independiente respecto de la realidad a la que aluden. ¿Estada allí el comienzo de una tergiversación, de un camino extraviado, de un destino complejo.

Gómez Lasa: Sin duda, esa ha sido una de las secuelas más apabullantes de todo este cuerpo de textos platónicos. Ese fue el primer triunfo de la conceptocracia En la medida en que pensamos, nada puede hacemos sentir mejor que creer que estamos pensando con la realidad. Es un precedente de una majestuosidad sin paralelo. De pronto, descubrimos el pensamiento. Podemos decir que la filosofía escrita, al menos, comenzó con la conceptocracia. Se **afirma**, pues, que si hay una manera de estar con la realidad, es a través de los conceptos. Y había que dar el otro paso: hay que llegar a la realidad, porque la realidad es lo mejor que pensamos. ¿Cómo es eso? Los pensamientos son la verdadera realidad del universo. Se trata de una afirmación fuerte. Si nosotros pensamos no es porque tengamos ciertas capacidades, ciertas aptitudes, sino porque ya hay pensamientos convertidos en realidades. Estamos condicionados. Estamos obligados a pensar de cierta manera, si queremos estar con la realidad porque la realidad, previamente, ha sido conceptualizada. Primer exabrupto de la conceptocracia, primera paranoia. primera extralimitación de esa presunta certeza No solamente vamos a suponer que nuestros conceptos están determinados por la existencia previa de esos mismos conceptos, convertidos en realidades, sino que enriquecemos todo ello con una dimensión axiológica, valórica, entonces la conceptocracia comienza a convertirse en un sistema ético, moral, auto-referencial, cuyas consecuencias las estamos pagando hasta este mismo minuto.

Edison Otero: Si nos atenemos a lo que acaba usted de sostener, Platón habría cedido a la tentación de creer que en los conceptos estaba la solución de todas las cuestiones?

Gómez Lasa: Esa es una pregunta que siempre le hago a Platón. Lo que ocurre es que he terminado por suponer, como hipótesis de trabajo, la necesidad de manejarse con varias interpretaciones simultáneas; cuando uno se encuentra con una diversidad de textos tan dispares, tan discordantes, para lo cual jamás me he topado con una opinión satisfactoria. Me refiero a los especialistas. Los saltos que da Platón son inmensos. Porque de pronto vino la duda sobre la agrafomanía, simultánea con la conceptocracia. No se estaba tan seguro de que los conceptos pudieran ser realidades objetivas. Había que escribir esas realidades. Y con eso se convierte a la filosofía en una experiencia gráfica, lo cual no era necesario ni inevitable. No era algo destinal. Fue una decisión que se fue gestando paso a paso. En ninguna parte estaba escrito que la filosofía debía ser escrita. En algún momento se consagra el hecho de que hay que escribir los conceptos.

Edison Otero: Es una tesis sustantiva. La conceptualización habría experimentado un gran avance y se habría consagrado cuando se asume la forma escrita como el modo oficial de expresar lo pensado.

Gómez Lasa: Y esa fue una opción que se tomó sobre la base de supuestas certezas, consumadas en la alegría del proyecto que eso involucraba: por fin vamos a escribir, vamos a apresar estos grandes e inmensos conceptos, los vamos a dejar en los papiros, en los códices y, por último -¡maravilla!- van a estar en las bibliotecas para el acceso de todos.

Edison Otero: Pero el propio Platón expresó no pocas inquietudes sobre el peligro de que el pensamiento quedara congelado por así decir, advirtiendo que, tal vez y con todo, la palabra hablada tenía ventajas respecto de la palabra escrita. Temió que se interrumpiera el flujo del pensamiento.

Gómez Lasa: Creo que sí. Es que se trata de decisiones que se apoyan en evidencias relativas, en las que pesa una prospectiva enorme: si lo pensado puede ser puesto por escrito, imaginemos lo que eso significa: así, lo pensado puede ser conservado, puede ser transmitido. Es algo inmenso. Imaginemos todas las consecuencias.

Edison Otero: Pudo creerse más, incluso. Por ejemplo, que ese el mejor modo o la forma propia en que el pensamiento puede ser formulado. Puede llegar a

atribuirse a la escritura, en consecuencia, la condición de ser la forma propia de expresión del pensamiento. Con todo lo que eso significa, por ejemplo, para la constitución de una tradición.

Gómez Lasa: Toda la cultura literaria está construida sobre eso.

Edison Otero: Ahora bien, se puede tener la impresión de que se trata de un salto, un gran evento, que se consagra en un tiempo relativamente breve. Platón es discípulo de Sócrates, quien no escribió. Lo cual, por cierto, es bastante más que una anécdota. Se cumple esta enorme transición en el corto período que va entre el maestro y el discípulo. Es algo demasiado sustantivo como para dejar que se nos pase de largo. Algo importante ocurre aquí. ¿Por qué el discípulo prefiere poner por escrito lo que, sin embargo, fue palabra hablada en el maestro?

Gómez Lasa: Esta es una de las dudas más recurrentes que a uno le asaltan. Eso es lo que a mí me ha llevado siempre a suponer que Platón no era tan socrático como la tradición interesada nos lo ha hecho creer. Primer punto a anotar. Habría que considerar el contexto del que hablamos, esa época: había toda una lucha por espacios intelectuales y no tan intelectuales, porque las diversas comunidades intelectuales no dejaban de tener un sustento político e ideológico.

Edison Otero: Se trata de una afirmación de peso. Teniendo como referencia a Sócrates, Platón resultaría ser no un continuador sino francamente un rupturista.

Gómez Lasa: ¿Por qué no?

Edison Otero: Es que usted mismo ha usado con frecuencia, en sus textos y cursos, la expresión 'experiencia socrático-platónica'. En apariencia, estaríamos acaso frente a una contradicción o un impasse.

Gómez Lasa: Hay aquí una situación compleja, no manejada en el límite de lo relacionable.

Edison Otero: Es que uno tiende a pensar que, de algún modo, Platón supera a Sócrates y que, gracias a Platón, Sócrates es. Y que, por último, entre el Sócrates que habla y el Platón que escribe, este último es superior. Así nos lo dan a entender las historias de la filosofía, los manuales y, en fin, la tradición. Se nos hace creer que este personaje que hablaba algo anárquicamente y que lanzaba al aire las ideas, que las empleaba en la conversación pero que morían con la conversación misma, y que no había modo de que se conservaran para otros, a este personaje

Platón lo convierte en una tradición al ponerlo por escrito. Y ello es entendido como una superación. Platón da un paso que, tal vez, funda la filosofía como tradición, como institución.

Gómez Lasa: La filosofía escrita... Pero, desde el punto de vista metafísico, desde el punto de la realidad, eso puede ser hasta un azar de la historia, un incidente, una decisión que tomaron aquellos que se hicieron llamar 'discípulos' directos de Sócrates. Sócrates no estaba allí para llamarlos al orden, para pedirles certificados. Podemos estar asistiendo aquí a la más grande de las imposturas, ¿por qué no?

Edison Otero: Bueno, hay que poner mucho esfuerzo en no deslizarse hacia conclusiones fáciles. Podría suponerse, por ejemplo, que el diálogo era verdaderamente filosofía en Sócrates y que, en Platón, sea un recurso con el que se intenta reproducir la experiencia del maestro pero que no es reconocido puesto que se elige la forma escrita. Ya no es un diálogo vivo. Es una conversación fijada. Lo vivo estaba en Sócrates. Lo de Platón es un recurso literario para expresar un modo de pensar. Por supuesto, hablamos siempre provisionalmente.

Gómez Lasa: Por supuesto. Lo importante es no caer en el pensamiento concluyente.

Edison Otero: Al calor de estas consideraciones. hacer filosofía hoy o en cualquier momento tendría el tenor de una recuperación de la experiencia hablada, de la conversación, del diálogo y, en consecuencia, de escribir la tradición, ponerla en otro formato. Porque así como la filosofía es puesta institucionalmente por escrito por Platón, por qué no pensar que así como antes de Platón no fue escrita pudiera ahora tener la forma de video, de software computacional, o vaya uno a saber qué, incluyendo el abandono de la palabra escrita.

Gómez Lasa: Sin duda, eso está en el horizonte. ¿Por qué vamos a hacer de la filosofía el apego irrestricto a una sola tradición? Pero, por otro lado, ¿por qué hay un momento en que se considera que el diálogo hablado ya no es suficiente? ¿Qué es lo que estaba haciendo Platón, al suspenderlo, al ignorarlo? Evidentemente, estaba presumiendo que había otro tipo de comunicación entre Sócrates y sus auditores. Yo creo que Sócrates jamás habría aceptado que alguien le llamara maestro y que este auditor fuese un discípulo suyo, esperando recibir el 'mensaje'. Presumo que Sócrates -y así lo estoy considerando en un segundo esfuerzo al que estoy avocado por relación a él- debió pensar que allí había un abismo, un riesgo portentoso. En esto está la grandeza de este viejo. No podemos caer en el juego platónico de creer que la filosofía es válida, es sostenible, es sustentable, porque

está escrita. Justamente, la historia nos muestra que cuando hemos querido hacer filosofía a propósito de la ya escrita, esa es la peor filosofía. Los riesgos están a la vista.

Edison Otero: Arriesguemos otra hipótesis, la de un Platón no lúcido, de un pensador que se encontró con un nuevo modo de poner las ideas, un nuevo envase, un nuevo instrumento, un nuevo medio, y que previó algunos de sus peligros -como es fácil advertirlo en el Fedón- pero que no fue finalmente consciente de lo que este formato iba a terminar por producir después, a saber, instalar y consagrar una tradición de filosofía escrita y empujar a la conclusión de que esa era la única forma de hacer filosofía. No previó la rigidización, la conversión en institución de una experiencia viva que él, genuina y bien intencionadamente, deseaba transmitir para sus contemporáneos y para otros. Por una parte, el entusiasmo por consagrar una experiencia personal que le resultó conmovedora y memorable y, por otra parte, hacerlo en un formato que, precisa y paradójicamente, condenaba al maestro a ser aplastado por una tradición de filosofía escrita.

Gómez Lasa: Esto desafía nuestros conceptos tradicionales. Estamos metiendo el dedo justamente en el momento en el que se define un estilo de hacer filosofía. No fue una decisión aislada Muchos siguieron esa línea.

Edison Otero: Podría resultar coherente con su propia reflexión, profesor Gómez Lasa, sostener que el talante de crisis en el que subsiste actualmente la filosofía, crisis por lo demás reconocida y autoproclamada por autores de tan diverso signo, formulada de las maneras más distintas, exprese precisamente y ante todo la crisis de la filosofía escrita.

Gómez Lasa: No tengo ni la menor duda. Estamos en el ojo mismo del huracán. Hasta puede que sea así por razones de salud metafísica No es necesario más que asomarse por un momento a la marea de la información actual que se nos viene encima En tal sentido, ¿qué nos puede exigir hoy por hoy un libro de filosofía? No quiero parecer apocalíptico. De lo que se trata es de llegar a algún grado de lucidez. ¿Por qué la filosofía se jugó por la grafía, y no se jugó por la realidad humana? O estoy por Sócrates, por la realidad de la filosofía, o estoy por Platón, por la filosofía escrita. Es una decisión espantosa, para un profesional de la filosofía en particular. Pero, yo me reservo el consuelo de que, a lo mejor, sin haber leído nunca a Platón -lo cual es, por supuesto, una broma-, ¿por qué llegó Sócrates a ser un filósofo, en un sentido que habría que fijar? Porque, en general, se trabaja con los conceptos de los historiadores de la filosofía. ¿Quién es filósofo?, respuesta:

el que hace filosofía ¿Y quién hace filosofía?, respuesta: el filósofo. Estamos jugando, así, a mordernos la cola. Nosotros, a fines del siglo XX, tenemos que hacer una meditación a fondo, tenemos que damos todas las opciones. ¿Por qué habríamos de suponer que una opción, tomada en un contexto cultural, político, religioso, marcó un cauce, una dirección, un destino? Puede perfectamente haber sido una secuencia de lasitudes intelectuales indefinidas, una inercia en la que nos hemos metido. ¿A eso le vamos a llamar 'destino', 'fatalidad'? Tenemos que recuperar la fuerza original de las palabras, no para hacer de ellas una ideología, o una filosofía del lenguaje, sino para estar más abiertos a la realidad, a secas, la de ellos, la nuestra, la de siempre.

Edison Otero: Podría decirse, entonces, que es una **responsabilidad** de la reflexión el estar atenta a que los conceptos que se usan no cristalicen, no se endurezcan, no termine uno entrampado en la magia de esos conceptos inventados, y que nos juegan la jugarreta final de hacernos creer que lo designado está representado en la designación.

Gómez Lasa: Claro. Esa es otra de las grandes evidencias, la fuerza sirenaica de los conceptos, sus cantos de sirena, esa es su magia, su atracción, su encantamiento, su lasitud. Estamos siempre sometidos a grandes tentaciones. Y una de ellas fue la platónica, que no ha sido superada por nadie en la línea de la conceptocracia. Porque si además pensamos que el concepto platónico era no solamente una realidad sino lo más importante y lo más esencial de esa realidad. ¿Qué más triunfo de la conceptocracia?. Es un encajonamiento al que nos empuja Platón, después de lo cual, ¿qué más podía haber de novedoso? Cuando llegan después otras corrientes religiosas, o culturales, era fácil con esos elementos construir una doctrina. Estaban dados todos los elementos metafísicos o, si se quiere, gnoseológicos, para que eso ingresara a la conciencia colectiva como algo que rueda y se impone por sí solo. Si la gran doctrina, la sagrada doctrina, no hace más que representar y reproducir la tremenda rueda del universo, ¿qué más tenemos que hacer que no sea metemos en esa rueda?

Edison Otero : A riesgo de metemos en camisas de once varas, ensayemos la siguiente consideración. Tal vez Platón sintió la misma tentación que otros, consistente en creer que la conceptualización reemplazaba los formatos anteriores, era un modo mejor de expresar los grandes temas y las grandes verdades pero más eficientemente; que, en suma, la conceptualización filosófica era superior al mito y a la experiencia religiosa. Los renacentistas experimentaron esa tentación, y así también los iluministas modernos.

Gómez Lasa: Es como el gran sueño. Los conceptos ya están y tienen una consistencia metafísica insuperable. Realidad y Verdad vienen a ser lo mismo. Uno puede remitirse a las cosas pensándolas, sin necesidad de que estén presentes. Es algo pasmoso. Hegel es quien más partido le saca a este descubrimiento. Lo que sea que hagamos, jamás podremos empañar la idea. La realidad nunca es más real que cuando nos hacemos una representación verdadera de ella. Todo ello pareció inevitable, como una predestinación a pensar de un cierto modo. Fue gloriosamente asumido. El hombre ya no estaba solo.

Talón: Tal vez, la fuerza de esta tradición, sus prisiones, parecen quedar a la vista cuando, en una clase, un joven que hace sus primeros pasos en los caminos de la reflexión, desarrolla un discurso firmemente establecido, con conceptos claramente formulados, tajante y categórico. Es algo que resulta grotesco. Porque en tal caso ya no es la realidad la que está en juego, está escamoteada por un conjunto de herramientas, de ortopedias. Se trata de una temible confusión entre realidad y concepto. Pero, junto con este equívoco tan presente en tanta filosofía, habría que reconocerle a la filosofía misma el impulso ocurrente periódicamente de enfrentar a la tradición y lanzarla al tacho de la basura, cuando se tiene la firme convicción de que los conceptos disponibles ya no sirven. Es el gesto cartesiano, o el hegeliano, o el de Nietzsche.

Gómez Lasa: Por cierto, en eso hay una esperanza en este gesto de dudar de los conceptos y ponerse a pensar de nuevo, sin duda. Son los grandes pensadores los que encendieron esos incendios y algunos, como Nietzsche, se quemaron en ellos, para decirlo poéticamente. Alumbrar y quemarse. Hay allí una exigencia tremenda. Pero, insisto, creo que en Platón hay varias líneas. Es nuestro espíritu de catequesis filosófica, nuestro espíritu de adoctrinamiento, el que nos coloca las trampas; queríamos algo firme, esas esencias objetivas conceptualizadas, esas ideas platónicas. Tener esto en cuenta le da sentido a recuperar a Platón de la tradición que le achacamos. Esa es una tarea siempre abierta, sin ánimo de erudición sino de búsqueda de esos puntos de partida. Porque tenemos que rescatar no tanto los conceptos como la capacidad de conceptualizar. Mientras los conceptos no se coman a la actividad que los produce, estaremos en el camino menos peligroso. Pero no se puede convertir a los conceptos en puntos de partida sagrados. Cuidado con los conceptos. Hay que asegurarse de partir de cosas concretas, no de conceptos concretos.

Talón: En su propia trayectoria, profesor Gómez Lasa, se plantea el problema de cómo se escapa alguien de la tradición conceptualista. Tenemos la impresión - porque se trata de rescatar a la filosofía de sus propias obsesiones y cuentas

alegres, y no de abandonarla- de que se puede, a la vez, ir a otras instancias en las que es posible recoger la experiencia concreta de las personas, lo cual hace mucho sentido. Pensamos en su lectura de autores como Henry Miller, Proust, Albert Camus, Eliott. Y no por cierto en intención hermenéutica, de exégesis erudita, sino en el sentido de recuperar lo que el concepto de pronto niega, de buscar en la sensibilidad peculiar de un artista o un poeta.

Gómez Lasa: Bueno, eso apunta en la dirección de lo que hemos planteado. Es lo que me ocurre también con Sócrates. Siempre me ha dejado con muchas preguntas. Nunca he podido calarlo a fondo, sea porque no me he atrevido o porque yo mismo he cedido, como cualquiera de nosotros, a la tradición platónica, creyendo que se puede ir de Sócrates a Platón sin asperezas, de manera fluída, un puente suave y continuo, sin situaciones no resueltas. Tenían que ensamblar. Se nos decía que eso era lo correcto, porque la filosofía es una sola, en fin. Ya habíamos decidido qué era la filosofía. Todo estaba contestado. Había que dejarse llevar por la tradición. Eso nos ha penado. Pero todo ello no es más que nuestra lasitud intelectual. ¿Dónde se miden las virtudes y las bondades de la tradición? ¿dónde se miden? ¿usted quiere saber lo que somos? Vaya a la biblioteca de Alejandría, a la de Bizancio, o a la que correspondiera. Y las bibliotecas son cada día más grandes y cada vez más esplendorosas, mejor administradas. Y nosotros cada día más pequeños, desde el punto de vista filosófico. Posiblemente más especializados, más profesionales, con una parcelita en medio de aquello. Sócrates habría huído de saber que iba a haber gente dispuesta a usarlo como punto de partida, como referencia categórica. Porque además, digámoslo, ni Platón ni Sócrates son expedientes cerrados.

Talón: Si nos permite, profesor Gómez Lasa, querríamos conducir nuestra atención hacia un subtema de lo que ha sido hasta aquí nuestra conversación, a saber la distinción entre diálogo y monólogo. Podría acaso sugerirse, sin forzar las cosas, que la tradición de la filosofía escrita consagró también una clara tendencia al monólogo. Porque lo que comenzó a institucionalizarse fue la relación entre un hombre y un texto. Por más que el texto haya sido escrito por alguien y expresara los pensamientos de ese alguien, era la relación de un hombre con una fuente, algo que iba y volvía pero con un solo referente. A lo largo de los siglos, muchos hombres 'dialogaron' con tales textos en tanto expresaban el pensamientos de ciertos autores. Pero, por más que uno trate de disfrazarlo, eso seguida siendo monólogo. Por de pronto, porque no está todo el pensamiento posible en un libro - ni siquiera todo el pensamiento de ese autor en particular- y porque hay un límite en la relación con un libro. ¿Podría esto sugerir alguna superioridad del diálogo oral, ocurriendo bajo ciertas condiciones previas, se entiende?. ¿Habríamos

perdido, también, al perder el diálogo, un resguardo para la filosofía respecto de los peligros de la conceptualización?

Gómez Lasa: Creo que tal disgresión está en la dirección adecuada. Lo que ocurre es que cuando hablamos de la grafía, de esta tremenda decisión que tomamos todos, como lo apropiado para describir lo que pensamos, tenemos que considerar que se trata de diversas maneras de escribir, no una sola. Dada la naturaleza evasiva de la conceptualización misma con la que trabajamos, o en la que estamos sumidos, estamos siempre sujetos a varios apoyos que nos señalan si estamos en lo correcto. Este es un aspecto de la cuestión, el gran abanico de alternativas que surgen de la lectura. Estamos obligados, frente a la lectura, a ejercer un papel dialogizante, implicando además el esfuerzo de tratar de ver la realidad y asumirla tal como el autor ha querido o ha pretendido o ha podido dejarla transcrita, independientemente del valor de verdad que algunas escrituras tienen. En consecuencia, la posibilidad de diálogo es mínima. Ese es el problema dramático de leer a través de certezas, a través de verdades. La verdad no me deja dialogar. Cuando me dicen que el ser es y el no ser no es, ¿qué diálogo puedo tener con esas grandiosas frases? Se presumió que ahí estaba el inicio de la filosofía. El factor de diálogo también tiene implicancias muy riesgosas. Yo estaría con aquel que asume la verdad cuestionándola y no con el que asume la verdad sin diálogo. Eso nos pone de inmediato en contra de los que repiten, los adeptos, los secuaces, las corrientes. 'Yo creo en el diálogo' es, por cierto, una declaración metafísica, porque acepto el diálogo, acaso, como la única manera razonable de vincularme con la realidad, y no sólo con la realidad humana. El diálogo entre seres humanos, ¿es el único diálogo posible? ¿O estamos forzados a dialogar con todo lo que exista?. Quedarnos sólo con el diálogo de las personas podrá sonar muy humanista, efectivamente, como lo más superior alcanzable. Pero, metafísicamente, ¿es así?

Cuando vemos el tema desde el punto de vista del diálogo socrático, entonces el diálogo supone interlocutores inteligentes, al menos. No cualquier interlocutor. Como vemos, si nos atenemos a esa experiencia del diálogo –la socrática- tenemos la necesidad de ir poniendo condiciones. Desde el punto de vista del concepto más amplio de la realidad que uno pueda tener, uno no puede sino dialogar. Pero hay que abrir el diálogo, hacerlo metafísico. Es aquí donde ponemos el dedo en lo que podríamos llamar la 'condición humana'. Hay que asignarle al diálogo entre interlocutores el máximo de amplitud, pero a condición de que nos preparemos para dialogar con todo, incluso con aquello que no tiene locución. Ese sería, para mí, el diálogo metafísico por excelencia. Lo cual no significa dejar de reconocer que el diálogo entre locutores, aunque tiene sus limitaciones, tiene sus méritos propios, tiene también su grandeza. En suma, se trata de que no convirtamos al diálogo en

una condición necesaria categórica, hundiéndolo así en la atmósfera conceptualizante que hemos estado precisamente cuestionando. Estaríamos en lo mismo, otra vez, deshaciendo para volver a armar otro fetiche.

Talón: ¿Podríamos afirmar que la ventaja del diálogo frente a la palabra escrita es que, una vez puesto en marcha no se detiene más como no sea por una decisión arbitraria de los que dialogan? Porque no puede haber una instancia en el que el diálogo se termine porque las cosas han quedado definitivamente aclaradas.

Gómez Lasa: Dios no lo quiera. Amén. Hay que decir que en esa debilidad del diálogo -su carácter inconcluso- está su grandeza, sin duda. Habría más tentación de conclusividad en la palabra escrita que en la palabra hablada. Por lo demás, es comprensible esa tentación porque buscamos lo 'firme', que es el concepto primitivo de la verdad. Es la proyección de nuestras únicas y grandes pasiones. Tenemos que hacer del diálogo, de esta relación infinita, algo inagotable, nunca suspendible, si es que queremos saber qué es lo que nos hace humanos y no otra cosa.